

VII.

VII. “LA CASA DE MARTA”

Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude.” Le respondió el Señor: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada.” (Lc. 10, 38-42)

Betania no distaba más de diez kilómetros de Jerusalén. Lucas, en el capítulo diez, nos presenta a Jesús caminando con sus apóstoles, de un lado a otro en Palestina, siendo ya los últimos tiempos de su misión. Pasar por Betania antes de entrar en la gran ciudad, era casi una necesidad pero, había otra razón. Allí había amigos de Jesús, un remanso de paz, fuera de las batallas y contradicciones de la misión. Marta era la señora de la casa. En esta ocasión no se nombra su hermano Lázaro, posiblemente encargado de los negocios de la familia, administrador de sus posesiones o comercio y, por tanto, ausente por largos períodos. Eran los amigos del corazón, amigos y colaboradores de los que se podía aprovechar, cuando lo necesitara. “Yendo de camino, entró en un pueblo y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa.” (Lc. 10, 38) Era una casa grande de las que podían organizar grandes banquetes y hasta invitar gente de Jerusalén.

Sobre todo, había acogida cordial. Estos amigos creían en Jesús y lo recibían como profeta. Había muchos ejemplos en la historia de Israel, de esta hospitalidad ofrecida en nombre de Dios. “Tenía ella una hermana llamada María.” Seguramente una hermana menor, María era jovencita, llena de sueños, romántica e inútil. Las dos hermanas adoraban literalmente a Jesús, cada una a su modo. Dos mujeres israelitas, lindas, fieles observantes de la ley, ilustradas en las Escrituras, que ya no estaban como todas las demás mujeres, esperando un Mesías porque ya lo habían encontrado y nunca lo cambiarían por otro; ellas

sabían que era el Hijo de Dios. Las dos se morían por estar escuchando su conversación. En otras ocasiones, cuando sólo estaban los tres, Marta, María y su hermano Lázaro con Jesús, habían vivido con Él ese sueño de oír la Buena Nueva del Reino, entrar al misterioso plan de Dios, lleno de dramatismo y de milagros: al misterio de la salvación de los pecadores.

Esta vez estaban ellas dos solas y tendrían que hacerse cargo de todo, dedicarse a las tareas materiales. María no pudo resistir a la tentación de oírlo una vez más y “sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra.” Tú entraste en esta casa con tanta gente; todo ese pelotón tuyo de los doce y otros discípulos. Marta se asustó y comenzó a calcular, cuánto pan, vino, carne, higos, lentejas, habas, aceite y dátiles serían necesarios. Ella se sintió impotente. Suerte que la casa tenía reservas. Lázaro estaba en la finca y no regresaría antes de la noche, cuando se suponía que la cena estaría lista pero, ¿qué cena? Tú pedías mucho y, peor, María ni le daba una mano. “Acercándose, pues, dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile que me ayude.” (Lc. 10, 40)

En su petición había mucha preocupación y urgencia, pero quizás había también una punta de envidia y de celos: esta jovencita está loca por ti, está gozando de ti y a mí me dejan con los huesos. La mujer prudente se aferraba a las cosas, para ofrecértelas. Cómo habría deseado tenerte cerca pero ahora se siente extrañamente vacía, incapaz de decirte nada con sentido. Aquella casa se llenó de Ti. María te escuchaba, el mundo había desaparecido para ella, tu palabra llenaba todo el espacio y entraba hasta las profundidades del alma. El Padre quiere que todos sean salvos. En su casa ha preparado muchas mansiones. Hay que invocarlo en espíritu y verdad. María se llenaba con tu mirada, se sentía transportada por el misterio de Tu presencia. Veía tus manos abrir los ojos a los ciegos y hacer caminar a los lisiados. Sentía que el aura de tu presencia introducía la gloria del Reino. Mi Padre me ha enviado para que mi amor llegue a vosotros. El Hijo del hombre será ofrecido como cordero pascual. Si me amáis a mí, el Padre os amará y yo estaré con vosotros. María sintió crecer en su alma el amor más grande de la vida.

También Marta te amaba y quería servirte de lo mejor. Por esto le reclamó a María pero tú la defendiste. Le dijiste, no pierdas la calma, mucho apreciamos tu tarea, lo importante es estar aquí contigo. También el alma de Marta rebosaba

de alegría. Desde este día las dos estuvieron llenas de Ti, atraídas, magnetizadas por ti, incorporadas a tu misma vida. “Le respondió el Señor: Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas.” (Lc. 10, 41) Esta repetición del nombre, no es común en el Evangelio, menos en la boca de Jesús. Quiere decir, Marta querida, Marta de mi corazón, te amo tanto como a María pero todo el mundo que lea esta historia deberá saber que los bienes del espíritu son más elevados que los materiales; que a estas cosas se puede renunciar, pero no a aquellas.

Por esto añadió: “y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola.” (Lc. 10, 42) Sin duda, la cosa necesaria, la única, es la presencia de Él. Él ha cambiado el curso de la historia humana, ha puesto cabeza abajo todo los valores mundanos; ha elevado por encima del mundo las almas que lo han amado. Al fin y al cabo sólo queda una cosa que resiste al desgaste del tiempo, al agotamiento de la energía cósmica, a la involución de todas las criaturas cansadas, desbaratadas por el uso y los conflictos. El gran mar tibio de la entropía, ni frío ni caliente, será la muerte sin regreso, el lugar donde todo lo terreno se acaba. En Juan 6, 27, dirá: “Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece, para la vida eterna.” Esto no iba en contra de la labor de Marta, quien se esmeraba para servirle con todo el cariño de su alma. Pero era una advertencia a todas las desviaciones utilitaristas de lo religioso y no religioso.

Marta se convertirá en símbolo de la vida consagrada a las obras de beneficencia, de caridad, de servicio a los enfermos, de educación, de rescate de la pobreza, de liberación de los perseguidos, presos, migrantes, marginados y oprimidos. Desde los primeros días de la Iglesia, todavía en Jerusalén, los apóstoles separarán del ministerio a las personas dedicadas a esta clase de servicios. Por supuesto, allí también se encuentra Jesús para ser servido. Marta ha marcado con su ejemplo toda la historia de la iglesia. Ha inspirado con su modelo, hermandades de la buena muerte, templarios y cruzados, caballeros de la tierra santa, banqueros de las peregrinaciones, cajas de seguros para los pobres, abadías benedictinas de “ora et labora”, monjes del cister, copiadore de códices, hermanas de la caridad, hospitales cabrinianos, cooperativas de cementerios, sociedades de ayuda mutua, orfelinatos, refugios para ciegos y sordos, para drogadictos y alcohólicos, de madres solteras y de prostitutas, hasta las hermanas de la Madre Teresa. Con Marta no hay sólo obras, sino amor: amor de Él, quien conquista la vida entera. Con Marta se resuelven todos los

problemas, se remedian las enfermedades, se educan las generaciones, hasta se remedia la economía mundial. Parece que no queda nada más allá de Marta. Sin embargo, Jesús añade: “María ha elegido la parte buena, que no le será quitada.” (Lc. 10, 42) María, el nombre mágico, ¿quién no estará inspirado por esta jovencita acurrucada a los pies del Salvador? ¿Ha elegido la parte buena, mejor que la de su hermana? María es el sueño de todas las niñas inocentes, de todas las vírgenes consagradas, de las magdalenas de los desiertos, de los ermitaños de Egipto, de la Tebaida y del Monte Athos. María es el modelo de la oración unitiva, de las elevaciones místicas, de las órdenes contemplativas, masculinas y femeninas, de los conventos de clausura, de los grandes silencios, de los Trapenses, Carmelitas, Cartujos, Clarisas, Basilianas de la Visitación y de los Talleres de oración. María es el ideal de la vida contemplativa, de la renuncia al mundo, de los frecuentes ayunos, de los cilicios e instrumentos de penitencia. La idea de la mejor parte ha atravesado veinte siglos de iglesias: católicas, ortodoxas y protestantes. Ha suscitado deseos de perfección de martirio, de transfiguración mística. No ha dejado de inquietar, a lo largo de dos mil años, los caminos de perfección, los tipos de espiritualidad, los entrenamientos ascéticos. Estar en el mundo sin tener relaciones con el mundo, vivir de este amor que sublima, cuyo centro es Jesús mismo.

Algunos piensan que sea una abstracción, un mundo de sueños o de terrores, una especie de autodestrucción. Al contrario, es un mundo inmensamente grande donde actúa con sus milagros la Gracia del Señor, un mundo de acciones y sacrificios en el proceso mismo del plan de Dios para salvar al hombre, conducirlo a la sabiduría y a las obras de bien. Un mundo más grande que el universo de los astrónomos y de los físicos nucleares, porque abre panoramas infinitos de correspondencia al amor divino, de caridad hacia los que sufren y buscan una luz en su vida; un mundo que nunca acaba de mostrarse por completo, porque es el mundo de las intimidades de un sinnúmero de personas que aman y odian, luchan y se rinden, triunfan y gozan de la esperanza en Él, de una convivencia amorosa con Él.

En esta casa estaban Marta y María, no peleadas entre sí, sino diferentes, dos maravillosas diferencias de vidas que merecían ser vividas. Jesús no las puso una en contra de la otra, sólo afirmó la belleza de la mística de María, por si no la conocíamos; pero también se sentó a la mesa y comió con Marta y María;

agradeció los alimentos que Marta le servía y aceptó su amor hecho acción, en las cosas que le donaba, su entrega generosa y su inteligencia. La casa de Marta se había transformado en un templo más grande que una catedral, donde reinaba la oración más pura y el sacrificio más auténtico, porque el centro era Jesús, el Cristo, ungido por el Padre, el Hijo del Altísimo. Era la casa donde Jesús y sus apóstoles, encontraban la paz, sentían que el Reino ya estaba instalado en un rincón de esta tierra árida, que todavía estaba sedienta de sangre, para ser purificada. Sólo a pocos kilómetros de distancia, a la entrada de la ciudad, estaba este cráneo pelado, de roca maciza, donde se consumiría la gran tragedia del Hijo del hombre pero, antes de eso, en este remanso de paz, también se abatiría la furia del vendaval, la lluvia amarga del dolor.

Pasaron unos meses como en éxtasis; las dos hermanas habían encontrado la razón para la perfecta armonía. Jesús, con los suyos, estaba predicando en la región oriental más allá del Jordán, cuando Lázaro regresó a la casa, sin fuerzas, agitado por una fiebre estremecedora. Se buscaron los médicos y los remedios, todo se intentó; pero todo fue inútil. La enfermedad crecía de día en día. Lázaro se había vuelto pálido y flaco como un fantasma. No dejaba de pensar en su amigo Jesús, el taumaturgo: Él estaba lejos. Los tres hermanos rezaban juntos, pero sentían que el mundo dejaba de existir alrededor de ellos. Se vaciaba como un estanque seco. Estaban flotando en este vacío, su vida había perdido todo sentido. Le enviaron una embajada al Señor para avisarle, pero su distancia era infinita, estaba en medio del desierto.

Juan introduce este nuevo episodio con las siguientes palabras: “Un hombre llamado Lázaro, de Betania, el pueblo de María y su hermana Marta, estaba enfermo.” Juan no conecta este episodio con el anterior, porque en aquél, el centro era Jesús con sus devotas; mientras en el presente el centro inmediato de atención es Lázaro, a pesar de que resplandezca la gloria de Jesús como autor del milagro pero sólo en el fondo, como una analogía, se introduce la muerte y resurrección de Jesús. Hay otra razón para darle un comienzo independiente: Con este párrafo empieza realmente el relato de la Pasión del Señor. Este milagro tan esplendoroso desencadenará todas las fuerzas adversas de sus enemigos, incluso la de los poderes infernales. “Las hermanas enviaron a decir a Jesús: Señor, aquel, a quien tú quieres, está enfermo.” (Jn. 11, 3) Por la forma del mensaje, se ve claramente que no se trata de una amistad

corriente. Es “aquel” que Tú quieres. Como si fuera único, cuando menos tan especial que lo distinguiera de todos los demás. Podría haber dicho: El que está totalmente entregado a ti, el que te quiere entrañablemente, el que ha reconocido tu divinidad, el que te ha hecho la propaganda en todas partes; el que ha puesto todos sus bienes a tu servicio. Pero la frase es más insinuante: Si Tú lo quieres tanto, ¿cómo puedes dejarlo morir?

“Al oírlo Jesús dijo: Esta enfermedad no es de muerte; es para la gloria de Dios.” (Jn. 11, 4) Dos discursos se cruzan en este momento: el humano de las hermanas de Lázaro y el divino del Mesías. Dos caminos que no se encuentran: uno ve al Señor como un auxilio superior para remediar a los males de esta existencia terrena. Otro, el de Jesús, sigue un plan trazado desde la eternidad, para que el Hijo de Dios sea reconocido. Por esto, no hay una continuidad entre pregunta y respuesta. ¿Podía pedirle a las dos pobres mujeres, que el amor que le tenían fuera tan grande, que se elevara hasta la altura de este plan que Dios mismo había trazado? Jesús sabía que resistirían esta sacudida: podrían llorar, lamentarse, desesperarse, pero no romperían su lazo de entrega total, eran suyas para la vida y para la muerte. “Para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.” Se aproximaba la hora del holocausto. El Hijo de Dios iba a ser negado, desconocido, triturado hasta la destrucción total. Era necesario impedir que los más fieles, los de voluntad sincera y de corazón abierto, fueran escandalizados y perdieran la fe.

Por esto les pedía a ellas beber este cáliz venenoso, parecido al que estaba reservado para Él; ser molidas por este trance de muerte. El evangelista advierte que: “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”, para que nadie se asuste de lo que va a suceder. Los ama pero serán aplastados, como los granos de trigo que se muelen para hacer el pan. Ya no serán ellos mismos, serán sólo personajes de un drama, en que la muerte y la vida estarán a las órdenes del Señor. Cada uno jugará un papel y deberá decir sus palabras correctas, desempeñar un rol, porque el Señor los necesita.

Lázaro llegó a sus últimos instantes; estaba resignado, sólo le dolía abandonar a sus dos hermanas, solas al mundo, sin la presencia y el apoyo de su gran amigo, el Hijo de Dios. Intuía que algún misterio estaba encerrado en esta presencia ausente. Sabía que en el Templo habían intentado apedrearlo, como un sacrilego y que, de todos modos, los sacerdotes y las autoridades lo querían

muerto. Sentía, sin entenderlo, que su propia muerte tenía algo que ver con la de Él. Recordando sus enseñanzas, le parecía ver que él mismo estaba involucrado en este misterio; que su muerte iba siendo arrastrada hacia esta gran vorágine de un designio superior incomprensible. Algún día regresaría desde el desierto; entonces lo recuperarían para siempre. Recomendó a sus hermanas que estuvieran siempre cerca de Jesús y descansó en el silencio.

La casa de Marta se convirtió en la casa del llanto. Sepultarlo fue como morir con él tras de aquella piedra enorme que encerraba su cadáver en la montaña. Se quedaron las dos llorando, por un día entero de cara al sepulcro. Muy pronto, otras mujeres estarían llorando frente al sepulcro de José de Arimatea, al pie del calvario y el cadáver sería el de Jesús. Detrás de la piedra, sólo había oscuridad y el profundo abismo del Šeol. Desde la creación del mundo, no había perspectiva de otra vida, a pesar de creer en la eternidad del ser humano, creado a imagen del Dios eterno. Los primeros padres habían precipitado en esta oscuridad fría e insensata, desde Adán a los Patriarcas, a los profetas y los pecadores. Esto significaba estar en la tierra, encontrarse más allá de toda esperanza. Sólo el Mesías había prometido a sus amigos que Él mismo los resucitaría al final de los tiempos pero esta pequeña luz, no alumbraba una noche de siglos.

El episodio de Lázaro, encaja con la situación del Maestro. Su ida a la Transjordania responde a la necesidad de evitar una ejecución sumaria que sus enemigos habían ya intentado una vez: como matarlo a pedradas fuera de la puerta de la ciudad, o despeñarlo por algún precipicio, o asesinarlo a traición por algún sicario. El plan de su sacrificio era muy diferente, debería ser formal, público, un verdadero juicio y una condena frente a las masas de judíos, para que todos fueran responsables. Por ello se hacía necesario el espectáculo clamoroso de la resurrección de un muerto, tan conocido como Lázaro, a la vista de toda una ciudadanía. “Enterado de su enfermedad, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba.” (Jn. 11, 6) Aquí empieza el contraste entre el discurso de las hermanas y el de Jesús. A ellas les urge y Él toma un compás de espera. Él sabe que para sus amigos es el momento de entrar a la oscuridad de la muerte. Sufre con ellos, pero obedece al Padre. Al cabo de dos días dice a los apóstoles: “Volvamos a Judea.” Esta expresión choca con un tercer discurso, el de los discípulos. Ellos piensan que es necesario un tiempo

prudencial, que permita a las aguas calmarse y a los odios desvanecerse. La decisión de volver a Judea, es decir, Jerusalén sonaba como un grito de guerra; era como volver al ataque y exponerse a lo último. No habría más defensa, la perspectiva más segura era la muerte.

“Le dicen los discípulos: Rabbí ¿con que hace poco los judíos querían apedrearte, y vuelves allí?” (Jn. 11, 8) Su respuesta es aparentemente segura. Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz. La luz le venía del Padre. “Nuestro amigo Lázaro, duerme, pero voy a despertarlo.” Jesús continúa con su discurso inspirado por el Padre, mientras los discípulos se aferran a su propio discurso humano: “si duerme, se curará”. Jesús se ve obligado a descubrir por entero su pensamiento: “Lázaro ha muerto.” Esta frase cayó como un rayo entre ellos: ya la muerte los había alcanzado. No era problema de una amistad o de un cariño. Frente a la muerte, todo se veía diferente; las hermanas solas, las poblacion criticando indignada. El amigo había sido el primero en caer: ¿Qué vendrá después? Pero Jesús añadió: “Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis.” Ahora los dos discursos se fusionan en uno solo. ¿Qué hará Jesús? ¿Un milagro? ¿Y a qué serviría? ¿Para que los judíos los maten a los dos? ¿Por qué se alegra de que haya muerto? ¿En qué va a aumentar nuestra fe? ¿Crear en su vida, o creer en su muerte?

La muerte de Lázaro fue todo un acontecimiento en Betania. Amigos y parientes o simplemente admiradores o curiosos se sucedían sin interrupción. Algunos se instalaban en los patios y salas como si fuera su propia casa. La casa de Marta, siempre tan linda y aseada, se había transformado en un bazar público. Las dos hermanas, como idas, no hacían más que llorar. No permitieron que nadie lo tocara. Ellas mismas lo embalsamaron con todo el cuidado según la costumbre egipcia. Le envolvieron el cuerpo con las mejores gasas, con miles de espiras, y perfumes y le pusieron su blanca túnica para que caminara con mucha dignidad hacia el reino de los difuntos. Por fin, tuvieron que abandonarlo a las manos de los trabajadores de las tumbas, viendo cómo se corría la piedra y se colocaban los sellos. Y allá se quedaron frente a la increíble distancia. No pasaba día que no transcurrieran largas horas cerca del sepulcro. Las plañideras se habían cansado de llorar y de cantar lamentaciones. Los músicos también se habían retirado. Sólo los amigos más cercanos se habían quedado para acompañarlas en silencio.

“Pero vayamos donde él.” En tiempos normales habría sido la decisión natural; pero en estas circunstancias sonaba a destino inevitable. Era como decir: vayamos a morir con él. Rápido lo aferró Tomás, el hombre de los grandes ímpetus, de las decisiones absolutas, fue el primero a sintonizar con la idea del Maestro, y también el más generoso: “Vayamos también nosotros a morir con Él.” Esta frase dicha en el desierto y con Él delante de los ojos, la masa de enemigos que les esperaba en el Templo, no tenía nada de retórico o exagerado. Los tiempos de la evangelización pacífica, de las grandes masas devotas a orillas del lago, de las visitas cordiales, a los pueblos de Galilea, habían terminado. Las últimas jornadas de paz con Él acababan de vivirlas en esta soledad. El Maestro se despegaba de ellos poco a poco. ¿Seguirlo a la muerte o quedarnos solos? Ambas soluciones eran inaceptables. La tristeza, como una nube negra, había entrado en sus espíritus. Habían vivido con Él, habían colaborado, bautizado, predicado, hecho milagros con Él. Ahora él se iría sólo, cada vez más lejos de ellos. ¿Qué pasaría en Betania, tan cerca de Jerusalén?

“Cuando llegó Jesús se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro.” En las afueras de la ciudad se encontraron con mucha gente que se dirigía al sepulcro, quienes les informaron y comentaron la gran pena. Habían llegado muchos amigos de Lázaro quienes, al enterarse de su muerte, habían venido a dar el pésame. El flujo de los visitantes no daba muestras de mermar. Pero, lo más importante era que entre los amigos se mezclaban sacerdotes y letrados, quienes conocían a Jesús, un público seguramente crítico y hostil. “Habían venido muchos judíos a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano.” Los apóstoles se sentían incómodos al reconocer a algunos de ellos, pero Jesús no daba muestra de turbación. Quería conocer todos los detalles; se veía que el sentimiento de amistad crecía en Él y se desbordaba en una gran emoción.

La primera en darse cuenta de la llegada de Jesús fue Marta, y corrió hacia Él. La fórmula que emplea Marta es: “si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.” No es que lo esté pensando en este momento; es una fórmula que las dos hermanas han empleado infinitas veces, durante la enfermedad, y después de su muerte. Las dos hermanas al ver a Jesús le repetirán lo mismo:

“si hubieras estado aquí.” No tenían otra palabra. No podían expresar un deseo. Su sola presencia habría traído la vida, porque Él es la vida. Jesús trata de hacer pensar a Marta. Ahora la palabra es resurrección. Pero es una palabra sin contenido visible. “Ya sé que resucitará el último día.” Esta palabra sólo tiene sentido para el final de los tiempos. Ni siquiera entendió cuando Él le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás.” Todas estas palabras le sonaban conocidas, pero no podía entender cómo se le aplicara al momento presente. No tenía sentido hablar de vida, cerca del sepulcro de su hermano muerto. Se le hacía una confusión en la cabeza, no podía pensar.

Entonces Marta hizo alarde de todos sus conocimientos, de todo lo que tenía en el alma y se entregó totalmente a su poder: “Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que iba a venir al mundo.” Fue una rotunda confesión de fe en la divinidad de Jesús, hombre e Hijo de Dios y anunciado por los profetas y Jesús la aceptó y se quedó pensando ¿cuántos de los presentes estarían dispuestos a respaldar la fe de Marta? Los apóstoles la oyeron y se sintieron pequeños en comparación con el atrevimiento y la seguridad de esta mujer dolida y desesperada. Ninguno de ellos se atrevería a proclamarlo en público y menos entre escribas y fariseos. Vieron cómo crecía la tensión entre Jesús y el público que lo rodeaba. La palabra resurrección empezaba a sonar y a cobrar sentido con la alusión indirecta a la tumba de Lázaro. ¿Qué hará el Maestro?

Marta corrió hacia la casa, para avisar a su hermana: “El Maestro está ahí y te llama.” ¡Cuántas veces había deseado oír esta palabra, pero en vano! ¿Está ahí? ¿Y cómo no vino antes? Corrió y se tiró a sus pies: “Si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano.” La misma fórmula, repetida con la boca o en silencio, dentro de la mente como la última esperanza. “Está ahí.” Verlo y llorar fue la misma cosa. Jesús perdió el control frente a esta joven criatura y frente a Marta. Tú habías irrumpido en sus vidas, con la luz esplendorosa del reino y el compromiso de amor de la nueva alianza. Y ellas dos, cada una a su modo, se habían quedado prendidas de Ti. Te amaban con una devoción renovada que se daría en todas las vírgenes de la nueva iglesia, pendiendo de ti como flores en tus manos pero Tú también estabas enamorado de ellas, por esto les reservaste el acto más inebriante de amor: sacar a Lázaro del sepulcro.

Con ello, las introduces a ambas en la historia de la salvación.

Ahora están frente a Ti; dan testimonio de ti, sin reservas; de que eres el Hijo de Dios; tienen fe en Ti. Ya son elementos necesarios de la parusía. Ellas saben que eres Dios encarnado y lo proclaman. Ellas no piden que regreses su hermano a la vida, pero saben que todo lo que pidas al Padre, Él te lo concederá. Sólo saben que si hubieras estado cerca, contigo no hubiera podido morir, porque Tú eres la vida pero Tú les reservabas el acto más grande del amor que es dar la vida. Se la restituyó, junto con el amor del Padre. Jesús, con llorar no se hizo más humano; al contrario, divinizó el amor de ellas asociándolas al misterio de los resucitados. Los tres revivirán; Lázaro en lo físico, las dos hermanas en el amor y cada uno dio testimonio de su fe.

Había una contradicción en aquella frase “aquel, a quien Tú quieres, está enfermo.” Si era amigo, es porque creía en ti; si amaba al que era la vida, no podía morir. Tú les demostraste que sí podía morir; no se excluía el sacrificio, como sería modelo el tuyo propio pero no era para apagar la vida sino para revivirla. Por segunda vez entraste en esta casa de Marta como un huracán, todas las categorías humanas iban a ser destruidas, porque harías de esta tumba una imagen radiante de tu propia tumba vacía. Hiciste de esta casa una etapa de tu viaje hacia el Calvario y la gente comentaba: “Mirad, cómo lo quería.” Lloraban las mujeres y los amigos, cerca de esta tumba fría y muda; como al cabo de una corta temporada, serán su propia Madre y la Magdalena, y Juan, y Pedro, los que lloren, con la misma desesperación, cuando sólo una loza de granito los separe del reino de la muerte. La sepultura de Lázaro es su propia sepultura; la resurrección de Lázaro es su propia resurrección. Imposible separar el significante del significado. En ambos casos hay un drama de amor consumado.

Una historia que se desarrolla en progresión desde el símbolo a la realidad, que a pesar de ser concreta en dos personas, Lázaro y Él, seguirá siendo un misterio para todos. El diafragma que separa lo humano de lo divino es como un vidrio traslúcido; se ha vuelto tan delgado y transparente que las dos realidades se traslapan y se confunden. Jesús llamaría a Lázaro de regreso a la vida; frente a sus propios enemigos. En presencia de este milagro no habría la posibilidad de permanecer impasibles: creer en Él, amarlo y adorarlo, o negarse a creer,

odiarlo y condenarlo. Vio sus corazones obstinados y que, con este gesto glorioso, firmaría su propia condena a muerte; pero las dos realidades se han aproximado tanto que ya son inseparables. La resurrección de Lázaro será la última prueba del Maestro que proclama su divinidad para que sus oyentes lo aprendamos; es el último acto de docencia y evangelización, para confirmarnos en la fe. Su propia muerte será el máximo acto de sacrificio para inmortalizarnos a nosotros, los mortales.

Este gran drama divino se realizará con todos los detalles de una crónica familiar. “Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que los acompañaban, se conmovió interiormente y se turbó y dijo: ¿Dónde lo habéis puesto?” Jesús, Marta, María y el grupo de amigos lloran juntos, como una gran familia que se ama pero, detrás de una apariencia meramente afectiva y sentimental, vibra la gran tragedia del pecado frente a la muerte. “Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro que era una cueva, con una piedra encima.” Sin la cruz, toda muerte es una condena; cada piedra rodada, sobre una vida humana, encierra un abismo de ausencia, el vacío de Dios. “Dice Jesús: Quitad la piedra. Le responde Marta: Señor, ya huele, es el cuarto día.” La crudeza de la corrupción se sobrepone en Marta a la esperanza de la fe pero Jesús le recuerda su fe: Ya es tiempo de que ésta resplandezca y que el poder del Padre se refleje sobre la tierra. “Le dice Jesús: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?” Esa maciza piedra se ha vuelto tan delgada como un papel, a través del cual la tristeza de los humanos recibe una luz que le llega de más allá de la tumba. La palabra de Marta es crónica, mientras la de Jesús es creación; en el medio, se tiende el hilo impalpable de la fe.

“Quitaron pues la piedra.” Es el momento cumbre de la emoción. Para quienes no tienen fe, es un acto absurdo; para los creyentes es una caída en la angustia. En la tumba abierta sólo hay silencio. Desde siglos, los muertos de Israel están en esta oscuridad y este silencio, con una angustia en el alma. Todo el valle de Siloé y el valle de la Gehena, al sur de Jerusalén están atascados de monumentos fúnebres, de muertos que se han perdido en la oscuridad, esperando un último día luminoso que nadie sabe si vendrá. Todo el mundo se ha callado, ya no hay lágrimas, ni hay palabras, sólo silencio y los ojos fijos en esa oscuridad. Hasta las mentes están en blanco; nadie puede imaginar qué pueda suceder: lo único visible es la garganta negra de la cueva. De repente, el silencio se llenó de

palabras. Era la voz de Jesús y las palabras una oración que se elevaba desde la tierra hacia el cielo, como un canto de alabanza. “Entonces Jesús levantó los ojos y dijo:

*Padre, te doy gracias...
por haberme escuchado.
Ya sabía yo, que
Tú siempre me escuchas;
pero lo he dicho por estos
que me rodean,
para que crean:
que Tú me has enviado.”*

Marta y María están muy cerca de Jesús; el alma de ellas se eleva con las palabras de Él y alcanzan la eternidad del Padre que vive en los cielos. Ya no pertenecen a la tierra sino a esta voz. Con Él, le darán gracias al Padre como una flor derrama su perfume, sin pedir nada a cambio. Ya no tienen derecho a sus propias vidas sino únicamente a la de Él. Como Hijo, en cuanto Hijo, es igual al Padre y está en Él pero, como hombre, debe hacer oír su propia voz de alabanza. Sus almas están prendidas en esta voz. “Porque siempre me escuchas.” No es una simple oración, sino un diálogo entre dos en la unidad. Están raptadas por esta unidad. Ya le pertenecen a esta unidad del Padre con el Hijo. Han penetrado en el camino de esta oración. No importa lo que pueda suceder; ellas lo verán desde la nube en que habita el Señor del Cielo, la mente y el corazón de Jesús. Verán a su hermano Lázaro salir de la boca de la cueva, regresar a la vida, pero no será el mismo Lázaro, nunca más; será una nueva creación de la resurrección, en un mundo nuevo resucitado. Un milagro va a acontecer delante de sus ojos, pero otro milagro ya aconteció dentro de sus almas.

Ninguna palabra podría expresar este milagro más que la de salvación porque el Padre lo ha enviado a salvar. “Dicho esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera.” Era la palabra del primer capítulo de San Juan: “La Palabra era Dios y todo fue hecho por ella.” Se vio aparecer la blanca figura de Lázaro a la entrada de la cueva. “Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario.” Jesús se sintió reflejado como en un espejo: el sudario estará doblado, colocado en un lugar aparte y las vendas abandonadas en el

suelo. Jesús les dice: “Desatadle y dejadle andar.” Marta y María se acercaron y fueron soltando las envolturas, recordando cómo lo habían envuelto cinco días atrás, como quien deshace un trabajo mal hecho, que ya no sirve. Lázaro estaba fuerte, duro y vivo, como siempre. Al quitarle el sudario, pudo hablar. En seguida entendió que estaba muerto. Observó el sepulcro y la gente que lo rodeaba y sus hermanas, quienes en lugar de vendarlo lo estaban desatando. Lo que no podía entender era: ¿Cómo podía estar vivo, si estaba muerto? Hasta que vio a Jesús.

Y pensó: Con Él no hay diferencia entre la vida y la muerte. Observó la tumba vacía detrás de sí y la gente que aplaudía. Entonces entendió que su amigo Jesús lo había llamado. Miró a sus hermanas, estaban más flacas y pálidas que almas del purgatorio. Les dijo: Ustedes han estado más muertas que yo. Vamos a recibir a Jesús en nuestra casa: Sólo por Él vivimos. Fueron caminando por toda la ciudad, para que la gente viera que Lázaro había regresado entre ellos, todos observaron su túnica blanca, tan blanca que parecía de difunto. Pero él era real, sus pies dejaban huella en el suelo y el sol se reflejaba en sus cabellos; Marta y María iban abrazadas con él. Sólo Jesús tenía un aspecto concentrado y triste, no por lo que había sucedido, sino por lo que Él, con su mirada hacia delante, veía en el futuro. Lázaro, después de las primeras grandes emociones, recuperó su tranquilidad y consultó con sus hermanas, con Pedro y Juan sobre el peligro que corría Jesús en Betania, tan cerca de la capital.

Tuvieron que permitir a Jesús que regresara al oriente del Jordán con sus discípulos, por un tiempo. El evangelista no dice por cuánto tiempo pero, si la fiesta en que Jesús se expuso a la lapidación, fue de los Tabernáculos; es decir, del final de la cosecha y comienzo del año nuevo; es impensable que transcurriera más de un año entre esta y la Pascua en que Jesús fue condenado. Sólo queda la alternativa de que fuera la Fiesta de los Tabernáculos del mismo año, anterior a la Pascua de Resurrección. Quizás la fiesta indicada caería en febrero y la Pascua al comienzo de abril (en términos de nuestro tiempo) mediando un espacio de un mes y medio, o dos meses entre las dos. Este período transcurriría, una parte, antes de la resurrección de Lázaro, y otra parte después, en la región oriental. En la casa de Marta fue como una larga cuaresma. La casa de Marta se había cambiado en casa de oración para usar las palabras del Cantar de los Cantares:

*“Ponme cual sello sobre tu corazón,
porque el amor es fuerte como la muerte,
obstinado como el Seol
sus saetas son saetas de fuego,
un rayo de Yahveh.
Grandes aguas no pueden apagar el amor,
ni los ríos anegarle.”*

No hubo fiesta en la casa de Marta. Los tres hermanos se reunían para volver a leer la Ley y los Profetas y reinterpretarla a la luz del milagro de la resurrección. ¿Qué decían de Él, Daniel, Isaías, Jeremías y Ezequiel? ¿Cómo no iba a resucitar el que había levantado a Lázaro desde la Muerte? La escritura hablaba del siervo de Yahveh, varón de dolores. “Yo no me resistí ni me hice atrás. Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba.” (Is 50, 5-6) “Pero también, de su triunfo y poder universal. Por sus desdichas justificaré mi siervo a muchos y las culpas de ellos Él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes.” (Is. 53, 12) Como nosotros hemos sufrido la muerte, Él la sufrirá, pero también resucitará. “Yo vengo a reunir a todas las naciones y lenguas, y verán mi gloria.” (Is. 66, 18) Más claro lo proclama Jeremías: “Yo pactaré con la casa de Israel una Nueva Alianza. Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré.” (Jer. 31, 31) La casa de Marta se convirtió en la primera iglesia cristiana; en la que se creía en la resurrección de Jesús. Todo lo veían desde Él y a través de Él.

Los amigos y curiosos desaparecieron paulatinamente. La despedida de Jesús puso a dura prueba el corazón de los tres pero, ahora, sus almas estaban llenas de Él. La distancia física ya no era significativa. Ese amor ya no se podía romper. Seguirían viviendo de ese milagro, de esa oración delante de la tumba abierta y de esa unión del “Tú siempre me escuchas.” Jesús se fue con los doce. El desierto era el lugar apropiado para la meditación y la contemplación del reino. “Se retiró de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y se quedó allí con sus discípulos.” (Jn. 11, 54) Por ese lugar había entrado Israel por primera vez a la tierra prometida, para que se cumpliera la promesa de la Antigua Alianza. Desde ahí entrará Jesús para inaugurar la Nueva Alianza, una semana antes del sacrificio final. “Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania.” (Jn. 12, 1)

Por fin llegó la Pascua esperada. En Jerusalén estaban al acecho, tanto amigos como enemigos. El impacto de sus intervenciones en la fiesta anterior había crecido, en lugar de desaparecer se había transformado en leyenda. Los que habían creído en Él lo esperaban con temor y pena, los que no creían, con odio y voluntad de darle muerte. Jesús estaba consciente de que este fuera su último viaje en vida, pero allí debería morir en la ciudad de David, y ser condenado por el pueblo, sacerdotes y romanos, ante el tribunal de Pilatos, en el patio de la torre Antonia, precisamente a espaldas del "sancta sanctorum"; donde se había posado la nube de la presencia de Dios Padre, en el día de la consagración.

En seis días, Dios había creado el universo, el séptimo sería el día de la gloria. Seis días sufriría Jesús como el siervo de Yahvé anunciado por Isaías y el séptimo se presentaría frente al "anciano" cuya vestidura era blanca como la nieve, y los cabellos de su cabeza puros como la lana, según lo viera Daniel. "Entonces, observó Daniel que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A Él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y reino le sirvieron." (Dn. 7, 9-11) Esto lo habían discutido repetidas veces Marta, María y Lázaro, adelantando con el deseo el día del triunfo del Hijo de Dios. Nada más, faltaban seis días, pero sería la semana que haría estremecerse el mundo. En el dolor, cuando se le abrió nuevamente la puerta de la casa de Marta. "Donde se encontraba Lázaro, que Jesús había resucitado de entre los muertos." (Jn. 12, 1)

No puede describirse la alegría de sus amigos por volverle a ver. La fama del milagro ya estaba consolidada: Había que ofrecerle un reconocimiento público, de modo que toda la ciudad se enterara y la noticia llegara hasta Jerusalén. "Le ofrecieron allí una cena." El peligro ya estaba demasiado cerca para buscar tenerlo oculto. Decidieron proclamarlo ante todo el mundo: Jesús estaba allí con ellos. Ya no había nada que perder. Había que declararse a favor o en contra. Por su parte, crecieron todo lo que estaba en su poder: con todos sus amigos incondicionales, e incluso, los conocidos de Jerusalén, quienes capitaneaban los círculos de los enemigos. ¿Era necesario que estos comprobaran, quién tenía el poder de resucitar?

"Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa." (Jn. 12, 2) Marcos y Lucas anotan que la cena fue en la casa de cierto Simón el leproso. Este detalle no cambia sustancialmente el hecho: Los tres hermanos estaban

con Él pero la reina del espectáculo fue María. “María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos.” (Jn. 12, 3) Marcos dice: “Quebró el frasco y lo derramó sobre su cabeza.” Era un gesto de extremo cariño y devoción que sólo se entiende en las costumbres de los pueblos orientales. Un acto de amor y de entrega. Ningún otro hombre acariciaría nunca estos cabellos que habían tocado los pies del Mesías. Todos sabían que la joven María era una criatura inocente y virgen, quien adoraba al Hijo de Dios. También Marcos sabe que era perfume de nardo puro y los tres están de acuerdo de que era excepcionalmente caro. “Y la casa se llenó del olor del perfume.”

Este derroche suscitó la reacción de todos. Basta pensar que lo evalúan en tres cientos denarios. Si se piensa que Jesús fue vendido por Judas, quien recibió treinta denarios, que era el precio de un esclavo, los trescientos de perfume, diez veces más caro, resultaban ser un verdadero capital. Sin duda, María tenía la aprobación de Lázaro y de Marta. Lo habían discutido juntos. Ella era la ejecutora, pero llevaba el amor de los tres hermanos; los tres creían en la divinidad del Mesías, el Hijo de Dios; ningún gasto era excesivo para honrarlo. Nada era suficiente para su amor. Jesús toma la defensa de la joven: A Lázaro le habían perfumado ya muerto, a Él le perfuman en vida, pero el servicio es el mismo. La joven se ha puesto con Él en la muerte. El amor entiende lo que la mente no es capaz de descifrar. El signo estaba totalmente claro; quizás Judas no lo entendería, pero sus enemigos lo captaron, por eso: “Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro.”

Los evangelistas no informan si esta orden fuera ejecutada. Probablemente no, si el sábado de la misma semana los sumos sacerdotes fueron informados por los guardias fugitivos, que un espíritu les había aparecido y se enteraron que el Crucificado también había resucitado. Era fácil difundir falsedades pagando a los guardias, pero no era igual convencerse a sí mismos de lo contrario. Lázaro seguiría dando testimonio de resurrección, mientras la voz que Jesús había resucitado corría como una llama entre sus discípulos y amigos. Las dos noticias se entremezclaban. La primera iglesia cristiana de la casa de Marta, poseía ahora su centro. Jesús viviente estaba presente entre ellos y Lázaro era su testigo, el enlace terreno de una resurrección infinitamente más incomprensible y gloriosa anunciada para la humanidad entera.